

## CAPITULO XVIII

DE LA GRANDE AVENTURA DEL GLOBO ENCANTADO  
EN QUE VENÍA LA MÁGICA ZIRFEA

Siguió su camino D. Quijote, y ahora fué él quien habló primero diciendo: «Tienes del sexo frágil, Sancho, que no pierdes ocasión de soltar el trapo: ¿por qué metes tu cuchara en conferencias á que yo vengo con obispos y arzobispos? Donde habla el amo, calla el criado, Sancho incorregible; ó por mejor decir, donde el gallo canta... Ya me entiendes. — Si el escudero ha de ser mudo, respondió Sancho, ¿por qué en el acto de armarse los caballeros no le cortan ó le pican la lengua? Así vuestas mercedes no se anduvieran dando de las astas con sus criados sobre si dicen esto y dicen lo otro. — Ya te veo, besugo, replicó D. Quijote: si te cosieran los labios, hablaras por los ojos. Pues no se dirá que D. Quijote de la Mancha dejó morir á su escudero por falta de paciencia para oírle. — Lo que dirían sería que lo asesinó, repuso Sancho: matar á uno atajándole el resuello, hendiéndole la mollera, ó privándole del uso de la palabra, todo va á dar allá. Ahora digo á vuesa merced en verdad que desde chiquito he hablado, y que habrán de quitarme la vida para imponerme un silencio absoluto. — Sancho dichoso, dijo D. Quijote, para ti el hablar es tan necesario como el respirar: ¡si te conozco!: permanecieras dos días en ayunas; una hora en silencio, no. Habla cuanto se te antoje, pero ten cuidado de to-

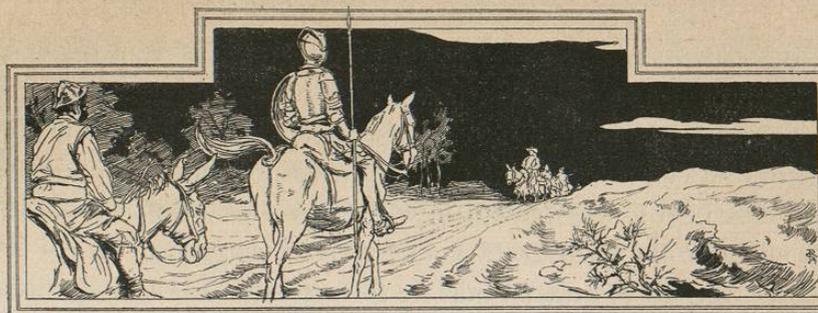
marle el pulso á mi humor, que no siempre le podrás hallar como hoy, dispuesto á llevarte el genio.» Hubiera seguido adelante D. Quijote sus razones; pero una aventura que prometía ser de mucho tomo le incitaba á un mismo tiempo por otro lado, y así se apercibió para ella, resuelto á acometerla con mano armada. «En ese globo que llega rozando el suelo viene una encantadora, Sancho, dijo: de este modo viaja Urganda la desconocida; de este modo corre el mundo la mágica Zirfea. — Téngase vuesa merced y mire lo que hace, respondió Sancho, que todavía me está cimbreado el cuerpo de los palos de ahora ha poco. — Mucho miedo y poca vergüenza, dijo D. Quijote. Encantador ó encantadora, brujo ó bruja, incubo, ó súcubo, aquí he de ver lo que me quiere; y aunque sea el diablo en persona, se ha de volver rabo entre piernas.»

Era el caso que por el camino adelante venía una recua de mulas envuelta en una manga de polvo, trayendo al cuello la capitana un esquilón que resonaba en la obscuridad. «¿Quién viene aquí?, preguntó D. Quijote en voz arrogante: ¿es gente de la común y pasadera, ó de aquella cuya corrección y castigo incumbe á los caballeros andantes? — Dinero del rey, contestó uno de los guardas que allí venían. Hágase á un lado, hermano, y deje pasar la recua. — ¿De dónde traéis ese dinero? ¿Adónde lo lleváis, cuánto es y á qué se lo destina? — Remesa de Indias, volvió á contestar el guarda, llegada á Sevilla por la última flota. Nos lo han entregado á bulto, las talegas vienen selladas, y no sabemos cuánto sea. En orden al uso que Su Majestad dé á esta bicoca, lo sabe el diablo. — Hablad del rey con humildad y respeto en presencia de un caballero andante, dijo D. Quijote, ú os hago ver en este punto quién es D. Quijote de la Mancha. — Ahora viene este vestiglo, tornó á decir el guarda, á levantarme la especie de que murmuro de Su Majestad, y aún se propone castigarme de mano poderosa. Váyase el espantajo noramala, antes que yo pase con mis mulas sobre él y le deje proveído para cuatro meses de cama. — ¡Para doce os proveeré yo, bellaco!,» gritó D. Quijote, y arremetió de manera que si el

agredido no se hace á un lado muy á prisa y hurta el cuerpo, su grosería le diera mucho de que se arrepintiese. Errado el golpe, quiso D. Quijote venir á tierra por el arzón delantero de la silla, y en cuerpo indefenso le dió el guarda media docena de palos tales, que los yangüeses no se alabaran de habérselos dado mejores. Dejóle por no matarle, muy asido el pobre caballero con la cerviz de Rocinante, mientras Sancho llevaba de otras manos, y no menos hábiles para esas gracias. Siguieron los arrieros su camino, sin dárseles una chita de la mala obra que acababan de hacer: si del todo morían aquellos desventurados, ¿qué había sino decir que les quitaron la vida en defensa de las acémilas del rey? D. Quijote se enderezó como pudo sobre su caballo, y dijo en voz quebrantada y dolorida: «Tenga yo aquí el bálsamo que tú sabes, y estos huesos rompídos, Sancho, y estas heridas de que estoy acribillado no me dieran afincamiento. Dígote que de hoy para adelante, primero nos ha de faltar el pan en las alforjas que el bálsamo de Fierabrás. Con sólo haber hecho mención de él, me siento mejor; y si alcanzara á olfatearlo, siquiera á frasco cerrado, yo me diera por sano. — Repita vuesa merced esa palabra, y aquí echo el alma por la boca, respondió Sancho. — Será porque tú no has llevado lo que yo, volvió á decir el caballero: en sintiéndote molido, harto desearas el específico que ahora finges aborrecer. — ¿Qué ha llevado vuesa merced?, preguntó Sancho; ó yo sé poco, ó los míos fueron palos. — A mí me tocó una cosa parecida, respondió D. Quijote. El mal estuvo en que á los primeros me invalidaron el brazo de la espada; de otro modo yo les diera á entender á esos mandrines quién es este á quien el mundo llama D. Quijote. Ahora vengo á discurrir, hermano Sancho, que el héroe de esta hazaña, que para nosotros ha sido una desgracia, es Frisón. Entre ese encantador y yo hubo siempre alongamiento de voluntad; mas ya providenciaremos lo necesario, y él verá si se le vuelve la albarda á la barriga. Vente conmigo, Sancho, y por la fe de caballero juro que antes de un día habré reparado con una hazaña de las más el mal que nos ha cabido en esta aventura.»

Se arrellanó Sancho en su rucio, y cuando iban caminando dijo: «¿Vuesa merced es perito en esto que llaman pecados, Sr. D. Quijote? — ¿En el cometerlos?, respondió el caballero, pecador soy yo á Dios; ¿á qué viene esa pregunta, Sancho indiscreto? — Digo, señor, si vuesa merced sabe á ciencia cierta cuáles acciones tienen ese nombre, y cuándo incurre uno en ellos, y esto para que yo salga de un esprucu que me está carcomiendo las entrañas del alma. — Apuesto cualquier cosa, replicó don Quijote, á que quisiste decir escrúpulo. En este caso, puedes acallar la conciencia, cierto de que yo te lo quito de las entrañas del alma, y aun de más adentro, si la tuya se compone de muchos departamentos. Mas si ese esprucu es algún insecto, áspid, culebra ú otro ente maléfico que se te ha adherido al alma, no me será dable sacarte de tu cuita. — ¿No llaman esprucu, volvió Sancho á decir, esa incomodidad del espíritu que uno experimenta cuando no acierta á saber si ha obrado bien ó mal? — Eso es escrúpulo, respondió D. Quijote; y pues tan bien lo explicas, di luego el que ahora te roe el pecho. — Es el caso, señor, que cuando vuesa merced arremetió con el guarda, yo le tuve por muerto á esa buena pieza y pensé que el propio camino llevarían los demás; y así, juzgando lícito hacer mío el botín de guerra, resolví apoderarme del dinero de Su Majestad. ¿Es ó no esto un principio de robo? — Cuando pensabas tomar el dinero del rey, contestó D. Quijote, ¿era como quien iba á robar ó como quien resolvía apropiarse de una cosa ganada en buena guerra? — Vuesa merced, replicó Sancho, tenga presente que yo jamás hago nada como quien roba: si acometo á las acémilas, hubiera sido á lo cristiano, sin mala intención ni daño de tercero. — Todavía es verdad que no obraste como bueno, dijo D. Quijote: acudir al botín es cosa posterior y secundaria; y tú principias por echarte sobre él, dejando en pie al enemigo. Viste, por otra parte, que la batalla no se hizo sobre aquella remesa de Indias, la que, siendo del rey, era dos veces sagrada, sino ¿sobre si el bellacón del guarda se había de ir ó no sin su merecido! Mas te arrepientes de tu mal pensamiento, y yo te doy

por absuelto de la pena. Pon en la memoria, Sancho, que el fin de las aventuras no es el hacernos de riquezas: podemos ganar un reino matando á su dueño en la batalla; pero no es del caballero andante pelear sobre simples bienes de fortuna. Más noble es mi profesión, buen Sancho, y más generosos y respetables estos que nos llamamos andantes. A esta ley te has de atener en lo sucesivo, sin que te sea prohibido hacer tuyos los despojos de los soberbios á quienes yo fuere derribando: regla que puedes poner en planta ahora mismo con esos que allí vienen.»



## CAPITULO XIX

DONDE SE DA CUENTA DE COSAS QUE SÓLO PARA SANCHO PANZA  
CONCLUYERON COMO AVENTURA

«Suponga vuesa merced, dijo Sancho, que no son sino unos buenos religiosos de San Francisco, y dígame por dónde les embiste que no quede excomulgado. O tengo pataratas en los ojos, ó los gigantes que aquí llegan no son sino los frailecitos que he dicho. — Pataratas tienes en el alma y la lengua, respondió D. Quijote; y pluguiese al cielo que tuvieras cataratas en los ojos, para que no vieses las cosas al revés. Lo que es ahora estás en lo justo, Sancho; pues ó sé poco de frailes, ó éstos son en efecto unos de San Francisco.» Quiso la suerte de los viandantes que el caballero los tomase por lo que eran en verdad, y éstos no corrieron la de los monjes benitos con quienes nuestro hidalgo hizo lo que cuentan las historias. Eran los que venían tres sacerdotes de reposado y grave aspecto, uno de los cuales traía por delante una barriga veneranda asentada en el arzón, al abrigo de un sombrero bajo cuya ala pudiera sestear holgadamente el mejor rebaño de la Mesta. La cara abultada y sanguínea, los ojos comidos, las cejas blancas, los labios morados, el cuello corto, los hombros anchos, las piernas diminutas. «Si vuestas paternidades no lo hubieran á enojo, dijo D. Quijote después de saludarles, deseara yo saber ¿adónde van y cuál es la causa de haber dejado las ollas de Egipto por el pol-

vo de estos campos? — Soy el guardián de mi convento, señor, respondió el monje de ceja blanca. Con motivo del capítulo, el nuevo provincial ha otorgado una semana de huelga, y voy con parte de la comunidad á una de nuestras posesiones, donde tomen descanso y se esparzan mis coristas y novicios. Media legua adelante los encontrará vuesa merced: háganos el favor de decirles que no se atrasen más de lo razonable. Heme separado de ellos por no estorbarles el buen humor y no poner mi autoridad á riesgo de menoscabo.» Y picando su mula, pasó el fraile junto con sus compañeros. D. Quijote y Sancho, por su parte, siguieron su camino, y á poco de haber andado en silencio dijo aquél: «Maravillado estoy, Sancho, de que por la primera vez en la vida no hubieses metido el pico en una de mis conversaciones. Esto me induce á pensar que mis consejos te van aprovechando. Si llegas á perfeccionarte en la ciencia de la discreción, le he de dorar los cuernos al diablo. — Yo esperaba, Sr. D. Quijote, respondió Sancho, que vuesa merced hiciera voto de darme los míos. — El oro puro no se dora, replicó D. Quijote: si los tienes, ellos son de buenos quilates, y así no han menester barniz, funda ni vaina, y te cumple traerlos altos y descubiertos. Y no me digas otra cosa, que aquí vienen nuestros religiosos.»

«Ténganse vuestas paternidades, dijo como llegaban los frailes: estoy enterado de quiénes son, de dónde vienen y á lo que van; fáltame saber las circunstancias concernientes á vuestras reverencias; y así les ruego y encarezco satisfagan mi deseo, si es que no llevan prisa ó no juzgan impertinente esta curiosidad mía, la cual puede muy bien estar fundada en cosa que mira á mi profesión.» Habíase detenido la cabalgata, y los buenos de los religiosos se estaban ahí admirando de esa figura no menos que de esas palabras. «Vuesa merced especifique y puntualice, señor caballero, respondió el más listo, el objeto de su curiosidad, y prometo satisfacerle hasta donde alcancen mis conocimientos. — ¿Cuáles de vuestas paternidades son de misa, cuáles de coro? — De misa, señor, venimos hasta diez en este pe-

lotón de la comunidad. Aquí tiene vuesa merced á fray Emerencio Caspicada, este religioso cuyos pies van á toca no toca, con ser su caballo tan grande como él mismo. Puesto al lado de la Giralda, no se sabe cuál es la torre y cuál el padre. Para la misa del gallo, señor, es el sacerdote que se conoce: se lo embaúla con plumas y todo, y la cresta la ofrece por el bien de sus antepasados.» Intentó fray Emerencio echar á malas el asunto; pero ni D. Quijote ni su interlocutor hicieron caso de él, y la información continuó de esta manera: «Este que vuesa merced ve á la derecha es el padre Frollo: hace dos meses le tenemos diciendo misa en seco, y transcurrirán ocho sin que la diga en mojado. Cuando ha de trasegar el vino al cáliz, se lo bebe en las vinajeras á pico de jarro: tal es su habilidad para la clerecía. — ¿Esas trocatintas las comete de ignorante ó de distraído?, preguntó D. Quijote. — ¿Ignorante, señor? Hombre es que con cuatro días de anticipación sabe cuándo ha de caer domingo, y pocas veces yerra. Ahora conozca vuesa merced á fray Damián Arévalo, este frailecito de ojos tanto cuanto desviados: la lumbrera del convento. Filósofo, humanista, crítico sin par. Corrige las pes y las tes mal hechas, con erudición y desenfado. — Envidia, envidia, señor, es la envidia que me tienen, dijo el padre Arévalo sacando la cabeza. No niego que haya censurado yo á cierto escritorzuelo, pero ha sido según todas las reglas del arte. Si viera vuesa merced las tildes que les pone á las eñes ese tonto, se destornillara de risa. ¿Y qué piensa vuesa merced que son esos cientopiés que ve allí estampados? Pues sepa que son las emes del famoso literato, cuyas efes asimismo parecen bayonetas. — Puedo yo destornillarme de risa á las extremadas sandeces de un majadero, respondió D. Quijote; pero no me destornillo en ningún caso, porque mis órganos vocales no se componen de tornillos. Cuando un necio se ríe con mucha fuerza parece que se le rompe la ternilla de la nariz, y por eso decimos figuradamente que se destornilla de risa. Destornílese, fray Damián, ó destornílese si le gusta; vuesa paternidad siga adelante en la relación que está haciendo de sus buenas cuali-

dades. — Poeta además, siguió diciendo el cicerone de D. Quijote, quien se llamaba padre Justo. — ¿De los de á caballo ó los de á pie?, preguntó D. Quijote. — De los últimos, señor. Sube á pie al Parnaso: *musa pedestris*. Y no por ser poeta de infantería es de los malos; que muchas veces en sus alforjas llevan un mundo los pedestres. Vuesa merced sabe que D. Cleofás halló un gran demonio corchado en un frasquito. — Una arruga de la frente puede contener una epopeya, respondió D. Quijote. Prosigue vuesa reverenda, y déme, si es servido, una muestra de las poesías del hermano Damián. — No hay cosa más fácil, señor caballero. Para encarecer la pesadumbre que le estaba aquejando una vez, dijo que era su pecho una

«Densa selva de cruel dolor»

por donde se paseaba él mismo

«Dando unas voces tristes y muy nocturnas.»

— ¿Y esas voces tan nocturnas, preguntó D. Quijote, las echaba de día el padre Arévalo? — Entre obscuro y claro, señor, respondió el fraile, y siguió diciendo: Este que ve aquí vuesa merced con su cara de cordero pascual, es el padre Deidacio, llamado entre nosotros *el invisible* á causa de la maña y sutileza con que se cuele rendijas adentro, y escudriña los menores rincones de la celda abacial, y sale sin dejar ni clavo ni estaca en la pared de cuantas golosinas envían al padre sus hijas de confesión y las monjas. — No lo tome vuesa merced en mala parte, dijo el padre Deidacio; esas curiosidades y golosinas que vienen del monasterio son tan bien condimentadas y llenas de guarniciones que, temiendo por la salud de mis superiores, les quito de los ojos la tentación, no sea que cuando menos acordemos les dé un patatús y quede la orden en acefalía. Pero yo no pruebo nada de eso; nuestro padre San Francisco sabe si estoy diciendo la verdad: satisfecho con preservar de un cólico misere-re ó de otro accidente aún más ejecutivo al reverendo padre

provincial, otrosí, al guardián, reservo para los sopistas las gollerías que dice el hermano Justo. Sopistas son, señor, si á dicha no lo sabe, los pobres que á horas de comer acuden á las puertas del convento. — De esta manera, dijo D. Quijote, el padre Deidacio es el ángel de la guarda de sus superiores. — Y aun de las alacenas, los cajones, armarios y escaparates,» respondió el padre Justo. Y señalando con el dedo á un fraile de cara de ave marítima que estaba ahí riéndose á boca cerrada, prosiguió: «Éste no es otro que Pepe Castañas, conocido en el claustro y aun fuera de él con el dictado de *el argonauta*, porque se anda por los aires del convento á la calle y de la calle al convento, sin que haya pared que no salte, ni torre por donde no se descuelgue todas las noches de la semana. — Ponderación viciosa, dijo el padre Castañas: no es sino jueves y domingo, y eso por visitar á los enfermos. — Ahora mire vuesa merced, siguió diciendo fray Justo, un religioso que tenemos en vía de canonización, á quien á buena cuenta llamamos desde ahora *el santo*. Hablo de este que parece traer cilicios hasta en la horcajadura, según su dolorida y callada continencia. Es el hermano Valentín, señor. No hay tradición de que la ronda le hubiese hallado fuera de su cama, con ser que él no la ocupa sino cuando está indispuerto. Tiene un santo de su propiedad que le suple las faltas, y tan bien lo sabe acomodar en su humilde lecho, que el celador sale diciendo: «De Valentín no hay que temer.» — Al que no está en la esencia de las cosas, dijo á su vez el padre Valentín, esto le pudiera sonar mal, señor caballero. La verdad del caso es que, atendiendo á mi quebrantada salud, mis superiores me han prohibido bajo santa obediencia hacer oración á deshora en el frío de la iglesia, según ha sido mi costumbre desde chiquito. Me valgo, pues, del inocente artificio de poner ese santo en mi triste lecho, como dice Justo, á fin de pasar yo la noche donde más conviene para la salvación de mi alma. — Mía fe, hermano Valentín, respondió D. Quijote, de ese modo tiene vuesa reverencia ganado el reino de los cielos: temo solamente que en esos mundos no le halle la ronda en la cama, porque no ha de

haber santo que le haga tercera, y será menester vaya á buscarlo..... — En los infiernos,» dijo el padre Justo.

En esta sazón, algunos frailecitos de menor cuantía andaban dando sus capeos al asno de Sancho Panza, de modo que la dicha alimaña estaba frunciéndose de las orejas al rabo, haciendo unos como pucheritos para corcovear, ó digamos que daba indicios de no sufrir con paciencia las flaquezas de sus prójimos. Sancho hizo desde luego algunas observaciones respetuosas acerca de lo peliagudo de esa broma; mas como viese que nada prestaba su buen término, se le fué la boca y dijo tres ó cuatro desvergüenzas de á folio, y de las mismas echara una carretilla si el más tunante de los frailes no hubiera puesto punto á ellas. Y es el caso que llegándose al mal mirado escudero, le asió por el collar del sayo y le tiró á una parte con tal gana, que cuando el jinete quiso abrazarse con el pescuezo del asno, era ya hombre caído en tierra, y se andaba á gatas por entre los pies de su buen compañero y amigo. Esta fué señal de partida para los religiosos, pues se dispararon á galope, despidiéndose al vuelo del caballero andante. Y eran cosas de ver, bien así la suspensión con que éste los miraba, como la cólera de Sancho cuando, puesto ya en pie, se descosía en un maremágnum de bravatas é improperios. «¿Cómo que han dado al través contigo, Sancho el grande?, dijo D. Quijote. — El grande, sí, respondió Sancho, el grandísimo bellaco y el grandísimo tonto que se anda tras un amo que muestra holgarse de cuantas lesiones recibe por amor suyo. Hazme la barba, hacerte he el capote, señor: vuesa merced me ha dejado arrostrar solo á esa legión de pantasma, y sobre esto se pone á darme sogas. El amigo que no presta y el cuchillo que no corta, que se pierda poco importa. — Fantasma, Sancho, que no pantasma, dijo D. Quijote. — Ahora me libre Dios del diablo, replicó el fiero Sancho: éstos eran el día y la hora de enseñarme á decir fantasmas en lugar de pantasma..... Pues reniego del amigo que cubre con las alas y muerde con el pico, y manos besa el hombre que quisiera ver cortadas. — ¿Tan poco te importa, Sancho, que acaben con tu señor sus enemi-

gos, y tan menguada idea tienes de él, que le comparas con el cuchillo que no corta? Ahora digo por mi parte, que le hago salvo y perdonado al que te quite la vida, y que ya te pueden comer lobos, sin que yo experimente maldita la pesadumbre. Ven acá, mezquino: ¿por qué no saltas sobre el rucio, vuelas tras los frailes, los alcanzas, y haces en ellos el debido escarmiento, primero que estarte ahí hartándome de desvergüenzas?»